

GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL. *Vivir para contarla*. México D.F.: Diana, 2002. 580 pp.

Hace unos días encontré *Vivir para contarla* en la sección “New Fiction” de una librería. Parece un error, el cual que sin duda complacería a García Márquez, un error incitado y quizás calculado como uno de los efectos del libro. Uno de sus temas centrales es la memoria del escritor: cómo su oficio media y determina la vida que recuerda y que ha vivido para escribir. Véase el epígrafe, o brevísimo prólogo: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Este primer tomo de sus memorias (de las cuales ha prometido tres) es tan deliberado como casi todos sus libros. Consta de ocho capítulos, de unas 70 páginas bien medidas cada uno. Comienza un día de febrero de 1950, en Barranquilla, cuando su madre va a buscarlo allá para vender la casa de los abuelos en Aracataca. Concluye un jueves de 1955, cuando entra a un hotel de Ginebra y encuentra la carta en que Mercedes Barcha responde a su propuesta de matrimonio, y cuya respuesta — supongo — no revelará hasta el segundo tomo. Entre estos dos episodios, García Márquez maneja el tiempo narrativo con la fluidez y maestría usuales. El primer capítulo, por ejemplo, vuelve a los tiempos en que los abuelos arribaron a Aracataca y termina con el nacimiento del autor, el 6 de marzo de 1927. El segundo capítulo describe el mundo de su infancia hasta la muerte de su abuelo, y luego salta a 1950, cuando regresa de Aracataca a Barranquilla sin haber vendido la casa. Sacudido por el reencuentro con el mundo de su infancia, se sienta a escribir *La casa*, una novela que habría de abandonar por *La hojarasca*, cuya redacción y publicación no se relatan hasta el capítulo 7. El capítulo 5 narra el bogotazo, que sucede en 1948. El octavo detalla las peripecias relacionadas con la redacción y publicación de *Relato de un naufrago*, que en 1955 le significaría la fama y la hostilidad política del gobierno, en medidas iguales.

Dije antes que uno de los temas del libro es cómo el oficio de escritor determina la forma en que éste recuerda su vida. Los seres y acontecimientos se evocan transfigurados por las invenciones a que dieron origen. No extraña entonces que los procedimientos literarios, el tono narrativo y el vocabulario que usa para contar su vida, sean los mismos de sus novelas. Así describe el recuerdo incierto de “La

noche negra de Aracataca” como escribió el recuerdo incierto de la matanza de la bananera: “una degollina legendaria con un rastro tan incierto en la memoria popular que no hay evidencia cierta de si en realidad sucedió” (55). Así describe a su tía Francisca como quien escribió de Amaranta: “Un día se sentó en la puerta de su cuarto con varias de sus sábanas inmaculadas y cosió su propia mortaja cortada a su medida, y con tanto primor que la muerte esperó más de dos semanas hasta que la tuvo terminada” (149).

Desde hace más de treinta años García Márquez insiste que toda buena novela es una “transposición poética de la realidad”. En *Vivir para contarla*, parece sugerir que se trata más bien de una transfiguración literaria de la memoria. Sugiere también la relación opuesta: al transfigurar literariamente la memoria para crear ficción, los recuerdos de la vida terminan asociados con las criaturas a que dieron origen. Evoca a su hermana Margot de un modo que sugiere su identidad con Rebeca (101); evoca a los muchos hijos ilegítimos de su abuelo con una cruz de ceniza en la frente, a través de unos episodios y con un lenguaje que inevitablemente remiten a los hijos ilegítimos del coronel Aureliano Buendía (84-85). No sabemos si García Márquez, el niño, realmente vivió esos episodios como los describe en las memorias. Pero no dudamos que García Márquez, el memorialista de 75 años, concibe a ese niño tal como lo describe en *Vivir para contarla*: inevitablemente maravillado y sorprendido por las posibilidades literarias de criaturas que poblarían las obras que aún no había escrito.

No recomiendo leer este libro antes que sus novelas. El lector arriesgaría la falsa convicción de que éstas son la mera transcripción en clave de los primeros años de su vida, mediada por la devoción de ciertas lecturas. No dudo que García Márquez apreciaría este mito (él mismo ha contribuido a difundirlo), pero no hace justicia a la profusa capacidad de invención de su obra. Se trata, en cualquier caso, de un libro admirable, pergeñado no por el García Márquez que ha experimentado su vida, sino por el que se ha empeñado en el oficio de escribirla.

Wilmer Rojas Buendía
University of California, Los Angeles